

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montaña y García. Mayor 24 Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Jueves 19 de Julio.

El Eco de Cartagena

UNA ESCURSION A MONSERRAT.

I.

En una fresca y apacible mañana de uno de los primeros días de Abril de 1871, salíamos de la estación de Barcelona por el ferrocarril de esta ciudad á Zaragoza, con dirección á Monistrol. El camino que recorriamos se hallaba salpicado aquí y allá de poblaciones más ó menos importantes; las altas chimeneas de las fabriles y ricas villas de Tarrasa y Sabadell nos mostraban sus penachos de negro humo; por entre la árida llanura aparecían de vez en cuando pequeños huertos, engalanados de verdes y lozanos árboles; nubes vaporosas y fantásticas cruzaban rápidamente el bello horizonte azul, que empezaban á iluminar los primeros rayos de un sol deslumbrador, y para servir de marco á aquel horizonte primaveral, cadenas circulares de peladas montañas alzaban escalonándose sus magestuosas cimas.

Al cabo de dos horas de marcha, hicimos alto frente á un túnel y nos apeamos en la estación de Monistrol. Por una puerta lateral de ella salimos á una pequeña esplanada, donde nos esperaban dos ó tres bien acondicionados coches para llevarnos al término de nuestro viaje. Jamás olvidaré el magnífico panorama, que paisaje tan pintorescamente accidentado presentó ante mi deslumbrada vista. Estábamos en la meseta de una eminencia que dominaba una profunda cuenca de dos leguas de anchura; la carretera, llena como la palma de la mano, bajaba arremolinándose hasta tocar los bordes del profundo y caudaloso Llobregat, cuya margen derecha engalanaban crecidos arbustos; á la izquierda del río, y á cierta distancia de nosotros se divisaban algunas casas desparramadas junto á la

carretera; un puente toscos de madera cruzaba el río; y al lado opuesto alzabase una fábrica, no recuerdo de qué, cuya elevada chimenea vomitaba espesas nubes de negro humo. Nos pusimos en marcha, y el ruido de las ruedas de los coches que corrían cuesta abajo, conteniéndose á duras penas, se hallaba acompañado del monótono y poético susurro de los verdes arbustos, balanceados por un ligero viento fresco y agradable. No hablábamos: un soñoliento dulce placer embargaba todos nuestros sentidos, y el alma se hallaba poseída de celestial arrobamiento.

Habíamos descendido á lo más hondo de aquella gran cuenca; pasamos el río Llobregat por un pequeño puente de piedra; los coches hicieron alto junto á una posada de Monistrol, y al apearnos, pudimos contemplar el pueblo, que está situado en la orilla del río y formando declive en las faldas de uno de tantos cerros escalonados de aquella sorprendente cordillera. En la cúspide de estase elevaban las esbeltas siluetas de los oscurecidos y desiguales picos del Monserrat; parecidos á agudas flechas de una catedral de estilo gótico, ó grandes tubos de un órgano gigantesco de poderosas vibraciones.

Después de un ligero descanso, nos volvimos á poner en camino; pero como desde entonces íbamos cuesta arriba, y el sol empezaba á calentar, la poesía perdió algo de su encanto y pudimos comunicarnos las impresiones recibidas. Nos parecía imposible subir á tanta altura.

Ibamos avanzando con cierta lentitud: aquí y allá encontrábamos algún árbol raquítico; y como nos habíamos desviado del curso del cristalino Llobregat, el camino se nos hacia largo, pesado y monótono. Solo Monistrol, cuyas casas en pendiente parecían desde más altura querer precipitarse al río, daba al árido paisaje alguna poética ilusión.—Ya llegamos, exclamó el conductor, que sin duda conocía de otras veces el aburrimiento impa-

ciente de los viajeros, muy pronto veremos el monasterio.

—Ya es hora, dijimos todos gozosos, y desde aquel instante el camino se nos hizo agradable. A poco se ofreció á nuestra vista á una gran profundidad el cristalino Llobregat, que parecía una ancha cinta de plata, formando ondulaciones caprichosas, y desde su cáuce iba elevándose, á la manera de titánica pirámide, una de las elevadas montañas del Monserrat, cuyas faldas estaban sembradas de verdes y achaparrados pinos, que susurraban azotados por el viento. A la derecha se presentó al pie de otra montaña salpicada de agudos picos de piedra, á la manera de minaretes árabes, el magestuoso monasterio que había servido de fortaleza á los catalanes en la encarnizada guerra de la independencia de principios de este siglo. En su despecho, los franceses lo habían volado cuando tuvieron que abandonarlo, y todavía se conservan admirables ruinas de tan terrible vandalismo.

Llegábamos al término de nuestra escursión.

Treinta años ántes habia yo contemplado con asombro desde la antigua carretera de Martorell aquellas fantásticas montañas, las cuales ofrecen golpes de vista más pintorescos todavía desde aquella carretera, que desde el punto en que nosotros las admirábamos, y recordaba la profunda pena que me causó no poderlas visitar entonces, y el veheméntísimo anhelo que formé de hacer conocimiento con ellas algún día de más cerca. Al cabo de mucho tiempo mi veheméntísimo anhelo de tan lejana fecha se veía realizado! Para un carácter apasionado y entusiasta por las maravillas de la naturaleza y del arte, era esta una satisfacción inmensa, un placer indescriptible.

El sol estaba muy cerca de la mitad de su brillante carrera cuando pasamos, y después de tomar hospedaje, nos dirigimos á la fonda, en cuyo alegre comedor, pintado de verde y con vistas á una agreste plazoleta, almorzamos de muy bu-

na gana, aspirando los frescos y aromáticos perfumes de grandes ramos de yerbas olorosas y de silvestres flores. En Barcelona habia oido elogiar el excelente trato que daban en aquella fonda: todos los viajeros encontramos justificado el elogio; pero de seguro ninguno de nosotros hubiera podido decir si los manjares que nos servían agradaban tanto á nuestro paladar por su buena calidad y condimento, como por la excitación del apetito, efecto del viaje y de las emociones ó de la vista de aquella naturaleza tan admirable. Terminado el almuerzo, fuimos á visitar la plazoleta que habíamos contemplado desde las ventanas del comedor.

Llegados á ella, los imponentes por ambos lados, y pudimos extasiarnos de placer ante aquellas montañas tan magníficamente accidentadas, las más admirables quizá del universo. Diríase que allá en edades muy remotas, legiones de titanes de hercúlea fuerza habian amontonado en pintoresco desorden peñascos sobre peñascos para formarse una prodigiosa fortaleza, ó que un intensísimo fuego subterráneo de muchos miles de grados, habia fundido enormes masas de granito, y haciéndolas hervir á borbotones, las habia levantado á aquellas sorprendentes alturas, donde el frío las habia petrificado de repente en estado de ebullición. Así podría explicarse la formación de aquellos toscos obeliscos, que ornaban á trechos las elevadas cimas de los montes, aquellas hileras de agudos picos, que parecían dientes de sierras colosales dispuestas para manos de gigantes aquellas ondulaciones simétricas y uniformes, aquellos declives petrificados, aquellas grandes peñas sobrepuestas con cierta regularidad. La tierra vegetal se habria apoderado después de las grietas y hendiduras entre peñas y peñas, dando luego vida á aquellos achaparrados pinos, á aquellos tupidos bojes de hoja brúñida y relucientes que exhalaban al cimbreatse bajo el impulso de ligero viento, plañideros quejidos, y cuyo verdor y lozanía